

Diego Zevallos Luna y sus veladas

Voces para sanar

Alberto Schroth Prilika

perfil

Cuando el alma necesita un cuento que acariciar es el primer disco de cuentos del narrador oral Diego Zevallos Luna. Una velada portátil que puede reproducirse en la computadora o en la radio, en el momento que más lo necesite. Cinco historias para recordar lo importante que es desatar el amor y ponerle bozal a nuestras fieras, darlo todo por las personas sin entregar lo único que es realmente nuestro, la esencia. Al mal tiempo, un buen cuento.

Veladas en CD

Cuando recibió la caja con los discos recién salidos del horno, habían pasado seis años y un día desde su primera velada de cuentos. Desde ese entonces y hasta ahora, las cosas han cambiado mucho y no tanto para el narrador: llevaba un polo a rayas, algo de tensión, las inflexiones de voz que su maes-

tro le enseñó y su calimba. Dicen que aquella caja de música africana es el instrumento que ayuda a los cuentos a nacer, además de darle al narrador un *leitmotiv* melodioso y tribal, sin mucho esfuerzo.

Diego prefiere hoy un atuendo blanco, neutral, cuando está en escena. Claro que no es lo fundamental, como sí lo es la voz; que modula cercana y en clave baja, con mucha fuerza y humor, siempre ha tejido una red de suspenso e intriga entre quienes lo observan. Hay mucho sentimiento y energía en juego, mientras los cuentos ocurren. No le salen exactamente del vientre, desde donde se aloja la voz para ser proyectada, pero sí de la invocación a los personajes de sus historias, del silencio antes de empezar y de la música. La voz y el fuego han dado la atmósfera mística e intimista que los narradores han usado toda la vida, hoy la cálida luz de muchas velas



y el acompañamiento de un amigo músico redondean la figura.

Las veladas también aparecen en formatos más compactos, como los discos, pero no han perdido gracia sino ganado multitudes. Aunque estén grabadas, el efecto es el mismo: un viaje directo al interior de una mente con muchos recuerdos (la nuestra), donde aquella voz envolvente, graciosa, cercana y cargada de sabiduría popular le habla al niño interior, nos dice que la vida no es tan complicada si podemos amar y controlar nuestras bestias. Y que para cada ocasión difícil, hay un cuento que espera por entrar. Si bien hizo con esta entrega una síntesis de lo más fino de su repertorio, los cuentos también son territoriales. Algunos le han saltado y demandan espacio, tiempo y cierto protagonismo en su próximo disco.

El espíritu del narrador

El niño le dijo: Estás loco, pero si no hay nadie ¿por qué cuentas cuentos? Jacobo miró al niño y le dijo: Antes contaba cuentos para cambiar al mundo, ahora cuento cuentos para que el mundo no me cambie. Stop. El disco se ha detenido pero las ideas siguen girando, luego de seis cuentos populares de América, Europa y Oriente. Curiosamente todos apuntan al mismo lugar.

El Jacobo peruano, o mejor dicho, Diego Zevallos Luna, ha vivido al lado de un bosque (El Olivar) y frente a un castillo (una casa



con aspiraciones de palacete francés) desde los ocho años. El lugar le parecía como extraído de una historia y se preguntó muchas veces qué personaje del cuento le tocaba ser. Estuvo claro cuál era su rol cuando conoció el arte de narrar historias para cambiar el mundo y para que el mundo no lo cambie, de la mano del filósofo y narrador oral franco-peruano François Vallaëys. Así descubre que las palabras tenían un potencial sanador y que las personas necesitaban ese tipo de medicina (en especial los mayores, por eso elige contar para jóvenes y adultos, más que para niños, quienes aún no tienen tantas ataduras ni prejuicios).

Como narrador de cuentos empezó a estudiar psicología sin ver a la sociedad como un atado de individuos dispuestos en un laboratorio, sino como un gran cofre de relatos por cada uno, aún bajo llave, que espera por ser

abierto y que el momento para desanudar, asimilar y entender llegue por fin. Preservar la memoria colectiva, remecer las mareas de lo que se conoce y cómo se perciben las cosas es el objetivo fundamental de quienes eligen este oficio de contar historias, tan antiguo como el tiempo.

Entre los discípulos que pudo formar el maestro Vallaeyes mientras vivía por aquí, cada uno con una propuesta escénica distinta y temática particular, destacan el popular Wayqui, con el repertorio más pulido de nuestra tradición oral, y el kamishibai de Pepe Cabana, las voces femeninas de Briscila Degregori, Claudia Curiel y María Angélica Vega, entre otros. Quizá quien de alguna forma es más cercano al estilo del maestro, apostó más por el lado terapéutico y la transformación que los cuentos pueden suscitar en las personas —dentro del escenario y fuera de él— es Diego.

las, en base a temáticas clave en el proceso de reinserción de los jóvenes; las vivencias extremas que deberán desanudar, asimilar, entender y superar.

Hasta entonces había tenido chance de hacer talleres terapéuticos en el sanatorio Larco Herrera y de narrar cuentos para niños que reciben quimioterapia en el Instituto Nacional de Enfermedades Neoplásicas, con la misión de hacerlos sentir niños otra vez, en medio de tanta tensión y dolor. Al terminar el día, entre sus últimos cursos y la correccional, el primer desfogue catártico es tomarse un café con un amigo y conversar. Los narradores no son de acero, aunque tienen buen aguante.

Gracias a estas experiencias Diego ha sido testigo del poder real de la palabra y los cuentos para iniciar pequeñas pero simbólicas transformaciones en las personas.

El potencial sanador

El día que Diego empezó a narrar en la correccional de varones de Lima, la popular Maranguita, su bautizo fue con los más bravos. Poco a poco bajaban sus defensas y escuchaban. Pidieron un cuento sobre la traición y así empezó a ganarse su confianza. Cada tres meses desde hace un poco más de un año, trabaja talleres con historias y técnicas para contar-



También pudo vivir de cerca el poder sanador de las historias, momentos antes de entrar al quirófano. Lo único que le quedaba para frenar la angustia era agradecerles a sus personajes y pedirles un poco de su fuerza, pues una hernia lo tuvo al borde del abismo y la operación fue posible, en parte, gracias a una velada de cuentos solidaria.

Además de curar, las historias son capaces de restaurar la amalgama que vincula a las familias. Está convencido de que un padre,

un hermano o un maestro narrador son claves en el proceso de forjar una personalidad y el aprendizaje. A muchos les puede sonar utópico pero para él no, creció en una familia querendona y cercana. Le extraña que las distancias sean mayores cuando supuestamente estamos más conectados. De cuando en cuando puede dar lonches con cuentos a quienes se lo solicitan y es capaz de darle giros a la agenda para no perderse uno: le preparan la sala y esperan con chocolate caliente el cuento-delivery.